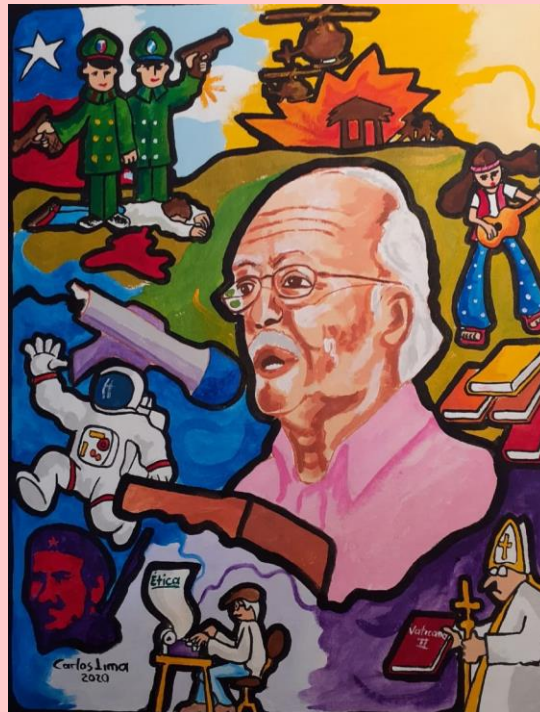


# TESTIMONIO DE PRIMAVERA ECLESIAL

Javier Darío Restrepo

(Jericó/ Antioquia, 1932 - Bogotá, 2019)



## 1. Tiempos de primavera eclesial

Eran tiempos de primavera eclesial los últimos años de la década de los 60 del siglo pasado y los primeros de la década de los 70. Empezábamos a tomar conciencia de la Iglesia que el Concilio Vaticano II (1962-1965) nos hacía descubrir en sus documentos, mostrándonos que, por el bautismo, todos somos Iglesia y que el laicado tenía una responsabilidad en la vida de la Iglesia. Resultaba, sobre todo, novedoso para los creyentes descubrir que la Iglesia no es únicamente la jerarquía.

Con motivo del XXXIX Congreso Eucarístico Internacional que se celebró en Bogotá y para inaugurar la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que sesionó en Medellín, habíamos recibido en Colombia la visita del Papa Pablo VI en 1968: la primera de un papa al continente latinoamericano y su “primer encuentro con la América Latina”, como lo expresó al regresar a Roma. Soplaban, no me cabe duda, vientos de primavera eclesial en la reunión de obispos que el Papa calificó, en la ceremonia de inauguración, como “un nuevo periodo de la vida eclesial”.

Pero también porque este Papa representaba el *aggiornamento* eclesial del concilio Vaticano II. Su propuesta social en la encíclica *Populorum progressio* (1967) que los

periódicos norteamericanos calificaron de marxismo recalentado anunciaba vientos de renovación en la Iglesia –de primavera eclesial– que sentimos soplar en Colombia: sus discursos denunciando situaciones de injusticia e invitando a los responsables de la sociedad a comprometerse en solucionar dichas situaciones y a construir la paz; sus palabras dirigidas a un millón de campesinos reunidos en Mosquera (Cundinamarca), comparándolos con el sacramento de la eucaristía –“vosotros sois también un sacramento, es decir, una imagen sagrada del Señor en el mundo”– y precisando, además, que había venido “para honrar al Señor en vuestras personas, para inclinarnos ante ellas”. Sentimos que se hacía presente en Colombia su visión eclesiológica, esbozada en su encíclica *Ecclesiam suam* (1964): “La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio”.

Y eran vientos de primavera eclesial los que traía el Documento Conclusivo de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano -el *Documento de Medellín*– porque de la reunión de obispos en Medellín salió una nueva manera de ser Iglesia en América Latina, enraizada en Vaticano II pero aterrizada en este continente, lo que significó un cambio en el paradigma eclesiológico que puso en marcha un movimiento de revisión y renovación eclesial: el paso de Iglesia de cristiandad, piramidal, triunfalista, a la eclesiología de comunión en la que la Iglesia se entiende a sí misma como pueblo de Dios, servidora, peregrina. También significó un cambio de paradigma teológico en continuidad con Vaticano II, partiendo de los signos de los tiempos para interpretarlos a la luz del evangelio y proponer acciones pastorales con el método “ver juzgar actuar” de Joseph Cardijn, sacerdote belga fundador de la Juventud Obrera Católica JOC. Sobre todo, porque Medellín “hizo una clara y profética opción preferencial y solidaria por los pobres”, al decir del *Documento de Puebla* (México) -la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano- aunque en el *Documento de Medellín* ni siquiera aparezcan las palabras opción y preferencial. Sin embargo, la opción recorre las páginas del documento que propone, sí, “que se dé preferencia efectiva a los sectores más pobres y necesitados y a los segregados por cualquier causa”.

En estos tiempos de primavera eclesial conocí a Javier Darío Restrepo. Lo conocí en una casa del bogotanisimo barrio de La Candelaria donde se reunía mensual y, a veces, quincenalmente la Junta de Redacción de la revista *Presencia*, órgano de la Acción Católica Femenina. Junta conformada por María Carrizosa de Umaña, Emilia Gutiérrez de Gutiérrez, Rosa Rivas de Uribe e Isabel Corpas de Posada, cuatro amas de casa de profesión, piadosas y comprometidas en causas sociales; Álvaro Rivera Concha, un reconocido canonista igualmente piadoso y comprometido; y un cura, el único periodista, que era Javier Darío.

Las reuniones, con el pretexto de planear el próximo número de la revista, terminaban siempre en ricas conversaciones acerca de la realidad nacional y de la Iglesia en las que al calor de la amistad y de una taza de chocolate podíamos actualizarnos de las últimas publicaciones que circulaban y soñar en voz alta la renovación eclesial que con esperanza creíamos que el Concilio Vaticano II había puesto en marcha y el episcopado latinoamericano había acogido en su II Asamblea General reunida en Medellín en 1968.

Javier Darío aportaba a las reuniones los vientos de primavera eclesial que estaban soplando y que acogíamos con profunda esperanza el resto de sus integrantes: como creyentes, sintonizábamos con el *Documento de Medellín* – “Un sordo clamor brota de millones de hombres, pidiendo a sus pastores una liberación que nos les llega de ninguna parte”, por ejemplo–y vislumbrábamos una nueva visión de Iglesia comprometida con la causa de los desposeídos. Estábamos viviendo tiempos de primavera eclesial.

*Presencia* había adquirido un nuevo rostro cuando María Carrizosa de Umaña fue encargada de dirigirla. Su formación como trabajadora social –la primera mujer graduada en nuestro país en esta disciplina– la había puesto en contacto con la realidad colombiana y, como creyente, se sentía comprometida en la búsqueda de soluciones para quienes sufrían las consecuencias de las desigualdades. Emilia Gutiérrez de Gutiérrez –otro testigo importante de primavera eclesial– la secundaba como subdirectora y los demás nos habíamos integrado por esas cosas del destino o porque, como reza el refrán, “Dios los cría y ellos se juntan”. A Javier Darío –también por estas mismas razones– lo conoció Emilia porque decía la misa de doce a la que ella iba todos los días en la iglesia de La Veracruz, en el centro de Bogotá, y lo invitó a colaborar.

Repasando algunos ejemplares de *Presencia* reconozco en sus páginas la huella de Javier Darío. Sobre todo, puedo reconocerla en mis propios escritos de esa época: páginas en las que daba espacio a “La voz de los que no tienen voz” y a “La importancia de los que no son importantes”, que eran secciones de la revista en las que desfilaban personajes de la vida real con sus historias porque “no hace falta echar mano de cuentos fantásticos y novelas sensibleras. El diario trajín, los hechos pequeños, lo cotidiano”, escribí en la introducción de una de estos relatos; páginas en las que acompañé a lectores y lectoras de la revista a asomarse a la cara desconocida del espectáculo del circo o al dolor de la sala de urgencias del Hospital de La Hortúa, entre otros reportajes; páginas que escribí con ocasión de la Semana Santa o de la Navidad en un ejercicio periodístico de leer el evangelio desde la cotidianidad de la cocina de la casa y desde la problemática social del momento. Es que en *Presencia* y en mi propia experiencia soplaron vientos de primavera eclesial movidos por Javier Darío.

## **2. Testigo de primavera eclesial**

Había nacido en Jericó, Antioquia, como nuestra santa colombiana, la madre Laura, cuya biografía narró deliciosamente cuando su canonización: *Laura, la mujer de las dificultades* (PPC, 2014). Hijo de padre carpintero y madre costurera. Su familia de 11 hermanos se trasladó a Armenia y Javier Darío entró al Seminario de Manizales para hacerse cura. Y, por esas cosas de la vida o porque al hombre le gustaba pensar por cuenta propia, cuando terminaba los estudios de teología, el rector le sugirió cambiar. Lo que representó en su vida un momento de salvación –un *kairós*– porque acudió al entonces obispo auxiliar de Cartagena, monseñor Rubén Isaza (1916-1987), a quien había conocido cuando era el director espiritual del seminario de Manizales, y lo acogió en esta ciudad, donde terminó sus estudios, y en 1955 fue ordenado presbítero en Armenia pero incardinado en la diócesis de Montería donde Rubén Isaza era su primer obispo.

“Como obispo de Montería y, después de Ibagué, estuve a su lado; la dispensa de Roma para la ordenación a mis 22 años, disponía que, dada mi inexperiencia y mi escasez de años, estuviera bajo la tutela del obispo”, escribió Javier Darío en la semblanza de monseñor Isaza que poco antes de morir hizo para esta galería de testigos de primavera eclesial promovida por KairEd. Escribió, además, que lo consideraba –junto con su padre, Ramón Restrepo– como una de las “dos deslumbrantes obras de la gracia”. Confesó, asimismo, que lo había hecho “sentir que a la Iglesia le había llegado la primavera”, y es que así recuerdo también a monseñor Isaza, como representante de primavera eclesial y, diría yo, precursor.

Y porque habían sintonizado y seguían sintonizando el obispo y el cura en su forma de vivir y comunicar el evangelio, como obispo coadjutor de Bogotá, monseñor Isaza llevó a Javier Darío a su nuevo destino.

Fue cuando lo conocí, hace 50 años. Era director de *La Hora*, la revista de Cáritas, y había hecho sus primeras letras en periódicos de provincia; decía todos los días la misa de doce en La Veracruz y era capellán del convento de las Siervas de Cristo Sacerdote, como también capellán de parejas y familias, acompañándolas en la toma de decisiones y a vivir la fe de cada día.

Para casar a una de las parejas que acompañaba, solicitó la renovación de licencias eclesiales en la cancillería de la arquidiócesis de Bogotá, un trámite administrativo que, para poder confesar y presenciar matrimonios, deben realizar los curas que pertenecen a otra diócesis. Pues, ¡oh, sorpresa, se las negaron!. Me lo contó, intensamente dolido, muy triste, después de una de estas reuniones de la revista *Presencia*. Como también me contó su decisión de pedir la “reducción al laicado” – ¿verdad que suena feo? – porque no podía continuar ejerciendo el ministerio presbiteral para el cual había sido ordenado. ¿Hay faldas?, le pregunté. Me contestó que no, pero que, así las cosas, tendría que pensar en formar una familia, en encontrar la esposa con quien casarse para formar una familia.

La encontró un par de años después y formó con Gloria Castañeda –Glorita, como la conocí– una hermosa familia de la que hablaba con tierno orgullo como padre de María José y Gloria Inés, y, años después, como abuelo de Emilio, el destinatario de *La nube plateada. Cuando la abuela se fue* (Taller de Edición Rocca, 2011), meditación en forma de carta en la que Javier Darío enfrenta la muerte de su esposa, a quien adoró y cuya partida nunca dejó de llorar.

### **3. “Con asombro de reportero”: la carrera periodística de Javier Darío**

Cuando colgó la sotana, después de 17 años de ejercer el ministerio presbiteral, se disparó su vertiginosa carrera periodística como reportero del noticiero de televisión *24 Horas*, en el que durante casi veinte años cubrió en vivo y en directo las noticias de Colombia y del mundo: “Mi profesión es esta: ir por todas partes en calidad de testigo ocular”, confiesa en su libro *Testigo de seis guerras: Cartas a María José* (Planeta, 1996). Al mismo tiempo escribía columnas de opinión para *El Tiempo* y *El Espectador* de Bogotá, *El Colombiano* de Medellín y *El Heraldo* de Barranquilla, lo que continuó haciendo hasta el final de sus días como columnista de planta o columnista invitado. Se dedicó, también, al periodismo

investigativo, del que fue maestro, y muchos de los resultados de sus investigaciones, como también muchas de sus crónicas y columnas se convirtieron en libros que leí con inmenso gusto porque llevaba en el alma el arte de comunicar.

Algunos títulos de los libros publicados: *Avalancha sobre Armero: Crónicas, reportajes y documentos de una imprevisión trágica* (Áncora Editores, 1986); *Más allá del deber: Memorias de una quiebra con final feliz* (Editorial Kimpres, 1992), su investigación sobre la quiebra de la Caja Vocacional del Clero en 1986 que asumieron financieramente los obispos colombianos para evitar que los ahorradores perdieran su dinero; *La revolución de las sotanas: Golconda 25 años* (Planeta, 1995; Libros del Dos de Bastos, 2016), otra de sus investigaciones, en la que reconstruye la historia de uno de los movimientos contestatarios de los años 60 y 70 en la Iglesia; *Cartas de guerra* (Universidad de Antioquia, 1995); *Testigo de seis guerras: Cartas a María José* (Planeta, 1996), que en 1995 mereció el Premio Planeta Germán Arciniegas; *Con asombro de reportero: 50 años de crónicas* (Editorial Debate / Random House Mondadori, 2005), recopilación de textos que recogen momentos de asombro, según explicó en entrevista a raíz de su publicación en la que anotaba: “para mí es muy importante la capacidad de asombro, porque si un periodista la pierde, pierde uno de los sentidos”, capacidad que nunca perdió y que se puede considerar como una de sus notas existenciales junto con la pasión por la verdad.

Pasión por la verdad de la noticia y el rigor de la investigación, al mismo tiempo que la formación filosófica y teológica que había recibido para hacerse cura, dieron pie al encargo que Javier Darío recibió del Círculo de Periodistas de Bogotá en 1976 para participar en la redacción de su Código de Ética: de ética para periodistas. También para prestar el valioso servicio de Defensor del Lector en *El Tiempo* durante varios años y en *El Colombiano* de Medellín durante otros tantos, y para dirigir, hasta el final de sus días, el Consultorio Ético de la Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano que fundó Gabriel García Márquez.

Y a lo largo de casi 50 años se dedicó a pensar y comprender el lugar que ocupan los valores –ciertamente inspirados en el evangelio– en el ejercicio del periodismo y a orientar las decisiones éticas que deben tomar quienes se dedican a comunicar la noticia. Producto de sus reflexiones es un importante listado de manuales de ética periodística que lo convirtieron en faro y brújula de este oficio: *Ética para Periodistas* (Editorial Norma, 1991), en coautoría con María Teresa Herrán; *El Zumbido y el Moscardón: Taller y consultorio de ética periodística* (FCE, 2006), dos volúmenes que recopilan sus respuestas en el Consultorio Ético; *40 lecciones de ética* (Editorial Debate, 2007); *La constelación ética* (Fundación Gabriel García Márquez, 2018), su último libro publicado. Y faltan datos, porque fueron muchas las lecciones de ética que escribió Javier Darío no solo en sus manuales sino en novelas, como *El guardián del fuego* (Intermedio Editores, 2014), una novela sobre periodismo. Pero, sobre todo, hizo de su vida una lección de ética.

A lo cual responden los premios que recogió como reconocimiento a su trabajo de periodista, defensor de la verdad y cultor del lenguaje. Recibió el Premio Simón Bolívar en 1985 y en 1986; en 1993, el Premio Nacional del Círculo de Periodistas de Bogotá en la categoría de prensa; en 1994, el Premio San Gabriel del Episcopado Colombiano; en 1995,

el Premio Germán Arciniegas de la Editorial Planeta; en 1997, el Premio Latinoamericano a la Ética Periodística del Centro Latinoamericano de Periodismo de la Universidad Internacional de la Florida; ese mismo año, el Premio Simón Bolívar a la vida y obra de un periodista; y creo que el último galardón, en 2014, fue el Reconocimiento a la Excelencia del Premio Gabriel García Márquez de Periodismo.

#### 4. Nuevos vientos de primavera eclesial

“Como creyentes tenemos una visión de la historia, de los hechos, de la vida diaria, que es una visión que no se tiene en la prensa comercial; y sentimos que esa visión no la podemos dejar para nosotros de un modo egoísta y que tenemos la obligación de compartirla”, dijo en el lanzamiento de la revista quincenal *Vida Nueva Colombia* que en 2010 abrió en nuestro país la Editorial PPC de España, encargando a Javier Darío de fundarla y dirigirla. Y esta fue la guía que orientó sus 183 ediciones a lo largo de casi ocho años de circulación, hasta enero de 2018, cuando dejó de circular en papel y asumida por la edición digital coordinada desde España.

Generosamente, me invitó a escribir en sus páginas, en las cuales volvieron a soplar vientos de primavera eclesial que anunciaban cambios con la elección en 2013 del papa Francisco. Heredero de “Medellín”, nos permitió volver soñar en el *aggiornamento* pendiente al retomar el modelo de Iglesia de Vaticano II desde la eclesiología latinoamericana y propiamente argentina que puso en práctica el día de su elección cuando apareció en el balcón de San Pedro; *aggiornamento* que desarrolla en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013) –“Iglesia en salida”, “comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan”; “Iglesia pobre para los pobres”, que “se encarna en los pueblos de la tierra, cada uno de los cuales tiene una cultura propia” y en razón de la diversidad de culturas, tiene un “rostro pluriforme”– así como en posteriores documentos en los que intenta hacer realidad un proceso de conversión eclesial que incluye conversión de estructuras. Y porque *Vida Nueva Colombia* fue espacio para acoger y promover los cambios que hace algo más de 50 años esperábamos con tantas expectativas, digo que en la revista vivimos nuevos tiempos de primavera eclesial.

Durante todos estos años seguí los logros periodísticos de Javier Darío, fervorosamente estuve atenta a sus publicaciones, aplaudí sus triunfos y, de vez en cuando, almorzábamos. No era raro verlo aparecer con el último libro que había publicado bajo el brazo, hablábamos de su familia y de la mía, de sus proyectos y de los míos, compartíamos preocupaciones y uno que otro sueño, pero quedaba siempre mucha tela por cortar a la espera de una nueva “conversa”, como él llamaba estos encuentros. Y quedó pendiente una que habíamos tenido que aplazar debido a su constante ir y venir por el mundo como conferencista y a sus numerosos compromisos editoriales: la muerte lo sorprendió el 6 de octubre de 2019 y nos sorprendió a quienes admirábamos su impresionante vitalidad. Dos días antes había sido la presentación en Medellín de su libro *La constelación ética* y regresaba a Bogotá. Murió de pie como los árboles. Que es como creo que él hubiera querido morir. Y en paz con Dios y con la vida.

## 5. Punto final

Me sabrán perdonar, los lectores y lectoras de este testimonio, la subjetividad que no pude evitar al escribir sobre el amigo desde la memoria que pasa por el corazón, recordando, agradecida, el acompañamiento a mi familia –y así lo recuerdan mis hijos– y a mí, personalmente, impulsándome a escribir para *El Tiempo* un comentario al evangelio dominical, como también recordando agradecida que me animó a estudiar teología porque no le pareció un disparate que una mujer se acercara a una disciplina propia de los hombres de Iglesia. Por eso, creo, tuve que detenerme en un capítulo de su trayectoria sobre el que muy poco se ha escrito pero es el que más conozco. Al fin y al cabo, como leí que escribió Ryszard Kapuscinski en *Los cínicos no sirven para este oficio* (Anagrama, 2005), “es un error escribir sobre alguien con quien no se ha compartido al menos un tramo de la vida”. Y este fue el tramo de la vida que compartí con Javier Darío y es capítulo de luminosa primavera eclesial

Por otra parte, estoy convencida de que muchas plumas harían falta para registrar las diversas facetas de los años que entregó al periodismo y a defender la verdad de la noticia en el respeto hacia sus protagonistas. Tendrían que haber participado las voces de sus amigos y amigas periodistas; las de sus alumnos y alumnas en los cursos de ética del periodismo en la Universidad de los Andes, en la Universidad Javeriana y, desde 1995, en la Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano que fundó Gabriel García Márquez; las voces de sus dos hijas, María José y Gloria Inés, y la de su nieto Emilio; las voces de sus compañeros en el oficio de cubrir la noticia y la de su compañero de escritorio en la redacción y edición de la revista *Vida Nueva Colombia*, Miguel Ángel Estupiñán; la voz de la periodista Nubia Rojas desde la investigación que adelanta sobre la vida y la obra de Javier Darío o la de José M. Poirier, autor del libro *Javier Darío Restrepo. Periodismo y Pasión* (2014).

Es hora de poner punto final a este reencuentro con Javier Darío Restrepo y con tiempos francamente memorables en mi propia vida porque han sido tiempos de primavera eclesial. Hasta siempre, querido amigo y maestro.



[www.kaired.org.co](http://www.kaired.org.co)

**Isabel Corpas de Posada**

Teóloga, docente, escritora

e-mail: [isabelcorpas@hotmail.com](mailto:isabelcorpas@hotmail.com)